

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Isabel Muñoz Rodríguez, 74

Rosa Antón Cervantes, 18

SIEMPRE MIRANDO HACIA DELANTE

Empezó a descubrir el mundo entre los restos de una guerra, con todo lo que ello conlleva, miseria, hambre; pero ella nació con una fuerza interior que no la ha abandonado a lo largo de sus días, su espíritu de lucha la ha acompañado siempre, siendo motor y vida en unas circunstancias en las que quizá cualquier otra niña como ella entonces, se hubiera acobardado; pero esa no era Isabel. Ella se crece ante la adversidad, se hace grande en un mundo hostil y brilla por su sonrisa dando luz a los momentos de soledad o desasosiego, no dejándose vencer por ellos.

La ciudad de Puertollano, en Ciudad Real, la vio nacer en el año 1933, a sólo 3 años del comienzo de la guerra civil que terminó cuando ella ya cumplía los 6 años. Eran cinco hermanos. El mayor enfermó de meningitis y le dejó graves secuelas que hicieron que toda la familia, en especial Isabel y su madre, tuvieran que dedicarle especial atención, prácticamente durante todo el día, ello hizo que Isabel tuviera que actuar como la hermana mayor en cuanto a las responsabilidades que había que asumir. En estado de guerra o de post guerra no son precisamente las mejores circunstancias de vida para nadie, pero menos aún, para una niña que está descubriendo el mundo. Del año 36 al 39, fueron años de miseria, la gente corría para salvar sus vidas, acarreando los enseres que pensaban les serían de más utilidad, los niños iban descalzos por las calles, aunque por suerte en Puertollano, donde vivía con su familia, no había línea de fuego y esa gente corría y se refugiaba allí.

El anuncio del fin de la guerra vino a través de una avioneta con una bandera blanca. Les traían comida posteriormente en vagones de tren debido a la precaria situación que la guerra había dejado y que Isabel vivió muy de cerca debido a la proximidad de su casa con las vías del tren, puesto que vivía entre dos de ellas. Ella recuerda como la gente se abalanzaba hacia los vagones en avalancha llevados por la gran necesidad que sufrían: habían llegado los años del hambre. La situación de pobreza trajo como consecuencia el estraperlo. El dinero empezaba a perder su valor bajo las órdenes de Franco.

A día de hoy, ve con asombro como, a pesar de tantos años pasados, esa situación es muy similar a la que viven y han vivido los países del Tercer Mundo y vuelve así a recordar su infancia. Era común oír voces gritando que en un vagón se repartía comida, galletas, naranjas, botes de conserva; Isabel reaccionaba de inmediato, corría hacia los vagones y recogía en su delantal tanto como pudiese llevar a casa, “mama, mama”, gritaba, “mira lo que te traigo” Su madre, sorprendida, la recibía con cariño “Hija, ¿de dónde has cogido esto? y ella le explicaba que todo aquello lo estaban repartiendo, se sentía útil y eso la hacía feliz.

Al ir creciendo empezó a tener interés por la costura, en concreto le gustaba diseñar ropa para hombres, quería ser sastre, aprendió a confeccionar pantalones y chalecos, tarea complicada por sus especiales patrones pero con los que ella demostraba una singular destreza. A los quince años tuvieron que dejar el pueblo y marchar al campo. Su madre ofreció otras alternativas, podían quedarse en Puertollano pero a cambio ella debería “ir a servir” porque las necesidades apremiaban y urgía una aportación más en casa, esta opción no convencía a Isabel que había oído decir a personas cercanas a ella que no era un trabajo muy bien remunerado en relación con las tareas tan duras que había que realizar. Así que eligieron la siguiente opción, marcharon al pueblo y con ello llegó la renuncia a las expectativas propias de su edad: salir con los amigos, acudir a bailes, relacionarse con chicas y chicos de su edad... Por ello, la decisión fue dura pero Isabel la afrontó como todas las demás que tuvo y tendría que tomar demostrando una vez más que su comportamiento no era nada egoísta y menos cuando se trataba de su familia.

Un vez en el campo pronto se adaptaron a las condiciones que se presentaban en su nueva casa, no tenían luz eléctrica, se alumbraban con candil o carburo, aprendieron a sembrar y a trabajar la tierra y de este modo pudieron salir adelante. El arrendador de esta vivienda sería años más tarde su suegro. Compraron gallinas y crearon su propia granja, tenían también un burro al que cargaban con sus cosechas, y marchaban a 6 kilómetros donde vendían los frutos recogidos. Para esta primera tarea del día se levantaban muy temprano, aún no había amanecido, eran las 5 de la mañana pero no importaba madrugar. Las labores de esta nueva vida

en el campo iban desde sembrar, recoger las uvas y aceitunas, dar de comer a sus animales hasta los cuidados de la casa, hacer la comida... La madre de Isabel destinaba parte del dinero que se ganaba para ir preparándole la dote como era costumbre entonces.

Todo ello conllevaba también sus anécdotas. Isabel me contó durante la entrevista cómo había matado involuntariamente a una gallina: estaba sembrando garbanzos y mientras que los echaba con la mano al “chorrillo” (surco para sembrar), las gallinas iban tras ella y se las iban comiendo lo que provocó su enfado y en un arrebato le tiró una piedra a una gallina con tan mala suerte que la mató. En un primer momento, asustada por la situación, Isabel no supo qué hacer pero reaccionó con ingenio ocultando la gallina tras unos matorrales llevada por el miedo a que su madre se enfadase con ella; pero el asunto no terminó así ya que su madre que conocía a cada gallina por su nombre, un día al ir a recontarlas se dio cuenta de que faltaba una, preguntó por ésta a Isabel y ella disimuló haciendo ver que también buscaba pero alejándose de los matorrales donde la había escondido. Finalmente simuló encontrarla mostrando sorpresa y sugirió a su madre que podrían utilizarla para hacer un buen caldo como así fue pese a la primera negativa de su madre por no saber en qué condiciones había muerto la gallina.

Una parte importante en esta historia es el arrendador, vivía no muy lejos de la casa de Isabel, era viudo y tenía 8 hijos que no habían tenido oportunidad de aprender a leer ni escribir y algunos de los cuales iban a comenzar el servicio militar en pocos meses. Al padre le preocupaba el hecho de que sus hijos tuvieran que marchar fuera en estas condiciones y no pudieran tener noticia de ellos por carta, así que le propuso a Isabel, que entonces contaba con quince años, que enseñase a sus hijos sus conocimientos sabiendo que ella había tenido la oportunidad, casi un privilegio en aquellos años, de asistir al menos durante algún tiempo a la escuela. De esta forma se le sumaba una nueva tarea a lo largo del día, en concreto al anochecer, cuando regresaba de trabajar en el campo. Isabel recuerda con especial cariño aquellas noches ya que de esos momentos de estudio y afán por aprender surgió el amor entre José, que tenía 19 años y era uno de los hijos del arrendador, e Isabel que entonces contaba con 15 años. Años más tarde, en 1954, se casaron siendo éste el principio de un etapa en la que irían surgiendo contratiempos pero donde siempre prevalecería el amor y el apoyo mutuo.

En el año 57, siendo ya marido y mujer, empezaron a trabajar “codo con codo” en la que sería su nueva casa. Compraron un solar y trabajaban sin pausa y con ilusión, picando, haciendo zanjas e incluso construyeron un pozo del cual Isabel recuerda aún a día de hoy lo que medía exactamente, tenía 90 centímetros de circunferencia. Pese al empeño que mostraron siempre por aunar esfuerzos y salir adelante en esta nueva vida que comenzaban juntos, el dinero era más bien escaso. Afortunadamente le ofrecieron a José un nuevo trabajo mejor pagado, era en una portería de Madrid, justamente se necesitaba un matrimonio y además, estando en la portería, tenían derecho a vivienda en el mismo edificio. Aparte de mejores condiciones económicas se unía el hecho de que la portería se encontraba situada en una de las mejores calles de Madrid, la Calle Serrano, Isabel recuerda exactamente su ubicación, era el nº. 27.

Desconociendo personalmente que en el naufragio del novedoso trasatlántico, el Titanic, existiese algún superviviente español, Isabel me contó que fue precisamente la persona que les contrató en Madrid, su jefa, la Baronesa de Riotobía, una superviviente que desafortunadamente perdió a su marido en esta conocida tragedia. Aunque auguraban una feliz etapa de sus vidas en la capital, no pudieron prolongar durante mucho tiempo su estancia en Madrid porque José comenzó a enfermar, le costaba respirar. Los médicos le aconsejaron que sería más saludable para él si salían fuera de la ciudad. Marcharon a Argamasilla de Calatrava, un pueblo de Ciudad Real, buscando mejores condiciones para la delicada salud de José pero la mejoría no era notable y los médicos le aconsejaron su traslado a un sanatorio de Jaén especializado en tuberculosos.

Ya en Jaén la incertidumbre era grande acerca de cómo se desarrollarían los acontecimientos pero Isabel lo tenía muy claro, pasara lo que pasara ella permanecería en Jaén junto a su marido. En cuanto llegaron al sanatorio José quedó ingresado y entonces fue cuando Isabel empezó a preguntar por algún sitio donde hospedarse mientras José estuviera allí. Le hablaron de una pensión y allí dejó en un principio su equipaje pero no llegó a pasar ni una noche, ya que el director del Sanatorio, D. Luis Sagaz, le ofreció cama y trabajo en ese mismo centro hospitalario. Empezó por tanto a trabajar, realizaba tareas que eran específicas de auxiliar de enfermera y siempre encontraba un hueco, al final de la jornada, para estar con su marido.

Un día, D. Luis Sagaz le dio una mala noticia al decirle que únicamente habían conocido a una persona con los mismos síntomas que su marido y, desgraciadamente, falleció en tres meses. Isabel se derrumbó, lloró

Recordar, compartir, aprender

y ante todo rezó a diario en la capilla del sanatorio, sólo un milagro podía salvar a la persona que más quería y así fue. Un día, que ella recuerda con especial intensidad, el director, reconociendo honestamente haberse equivocado, le dio a Isabel una de las mayores alegrías de su vida: José estaba experimentando mejoría y se iba a recuperar. Durante los tres meses que estuvieron en el sanatorio, ella aprendió mucho de las monjas que allí residían y cuidaban a los enfermos; ante todo me contó que fue muy especial la hospitalidad y generosidad con que las monjas la acogieron durante su estancia.

Se trasladaron a Alicante donde pensaron que encontrarían un mejor clima para la completa recuperación de José. En un principio estuvieron viviendo en una habitación que les alquilaron con derecho a cocina y, para salir adelante, Isabel decidió buscar trabajo en lo que pudiera y así poder vivir con mayor desahogo en un futuro. Me contó cómo estuvo recorriendo las calles de Alicante, preguntando en porterías si conocían a alguien que necesitara alguna persona para cuidar niños; incluso recurrió a la radio donde se ofreció para tales menesteres en la entonces famosa emisora “La Voz de Alicante” situada en la calle Ángel Lozano, ella nunca desistía en su empeño y así fue como, días más tarde, una joven la llamó solicitando sus servicios para cuidar a sus dos hijas pequeñas. Isabel le aclara que ella sólo podía hacerse cargo de una de las niñas pero, que no se preocupara porque ella le buscaría otra persona para que cuidase de la otra hija.

A Isabel se le iluminan los ojos; me describe con especial ternura cómo acogió a la pequeña de tan sólo trece meses de edad. Era una niña muy frágil, que con su extrema delgadez le recordaba a los niños del Tercer Mundo dado su considerable estado de desnutrición. En pocas semanas, con el esmerado cuidado que ella le daba, consiguió que la niña cambiase y tuviera un aspecto mucho más saludable ya que su madre biológica no la atendía demasiado. Es más, la niña comenzó, dado el cariño que le cogió en poco tiempo, a llamarla “mamá” e, incluso, a preferir, comprensiblemente, estar con Isabel antes que con su madre. Tiempo después, la madre, soltera hasta el momento, viajó a Barcelona para contraer matrimonio. Unos días antes de marcharse, Isabel la notó inquieta, le dijo que no sabía qué iba a ocurrir con las niñas porque ignoraba si podría hacerse cargo de ellas y quizás tuviera que dejarlas en algún centro o donde fuera. Esto es algo que Isabel, debido a su humanidad y al cariño que había cogido a la niña, no podía permitir en caso de que ocurriera y por este motivo le dijo que, antes de abandonarlas, pensara en que ella siempre tendría las puertas de su casa abiertas a la niña. Y así fue como esta niña se convirtió en su actual hija, ya que Isabel la adoptó y, desde ese momento, llenó aún más de alegría su casa y, también de este modo, se cumplió uno de sus deseos que compartía junto a José: poder tener al fin una niña.

Desde entonces vivieron los tres juntos muy felices y, cuando su ya entonces hija supo que era adoptada, le dijo a Isabel que la única madre que tenía y quería era ella. Su hija quedó embarazada a una edad temprana y estaba temerosa de la posible reacción de Isabel. Para su sorpresa y tranquilidad, Isabel fue una vez más muy comprensiva y lo único que le importó del asunto fue hacerle saber que no estaba sola y preocuparse por si ese hijo que ella esperaba, había sido fruto del amor.

A día de hoy, hace 15 años que enviudó; pero, tras pasar un comprensible tiempo entristecida y con mucha nostalgia por el que había sido el hombre de su vida, decidió que estaba cansada de verse llorar en casa y comenzó a hacer todo lo posible para que la situación no la superara apuntándose a un centro de la tercera edad donde conoció y sigue conociendo a mucha gente y aprende constantemente, ya que siente que tiene una enorme suerte por tener aún mucho tiempo por vivir y aprender.

Esta es la historia de la vida de Isabel, en la que ha habido muy buenos momentos de felicidad, momentos de tensión o de tristeza pero en la que ha prevalecido por encima de todo sus ganas de aprender y de luchar con lo que viniera por delante y eso hace que esta historia, como todas aquellas de las personas que no sólo no se rinden ante las adversidades sino que hacen lo posible por comprenderlas y combatir las, deje de ser una historia cualquiera y pase a ser una historia muy especial.